

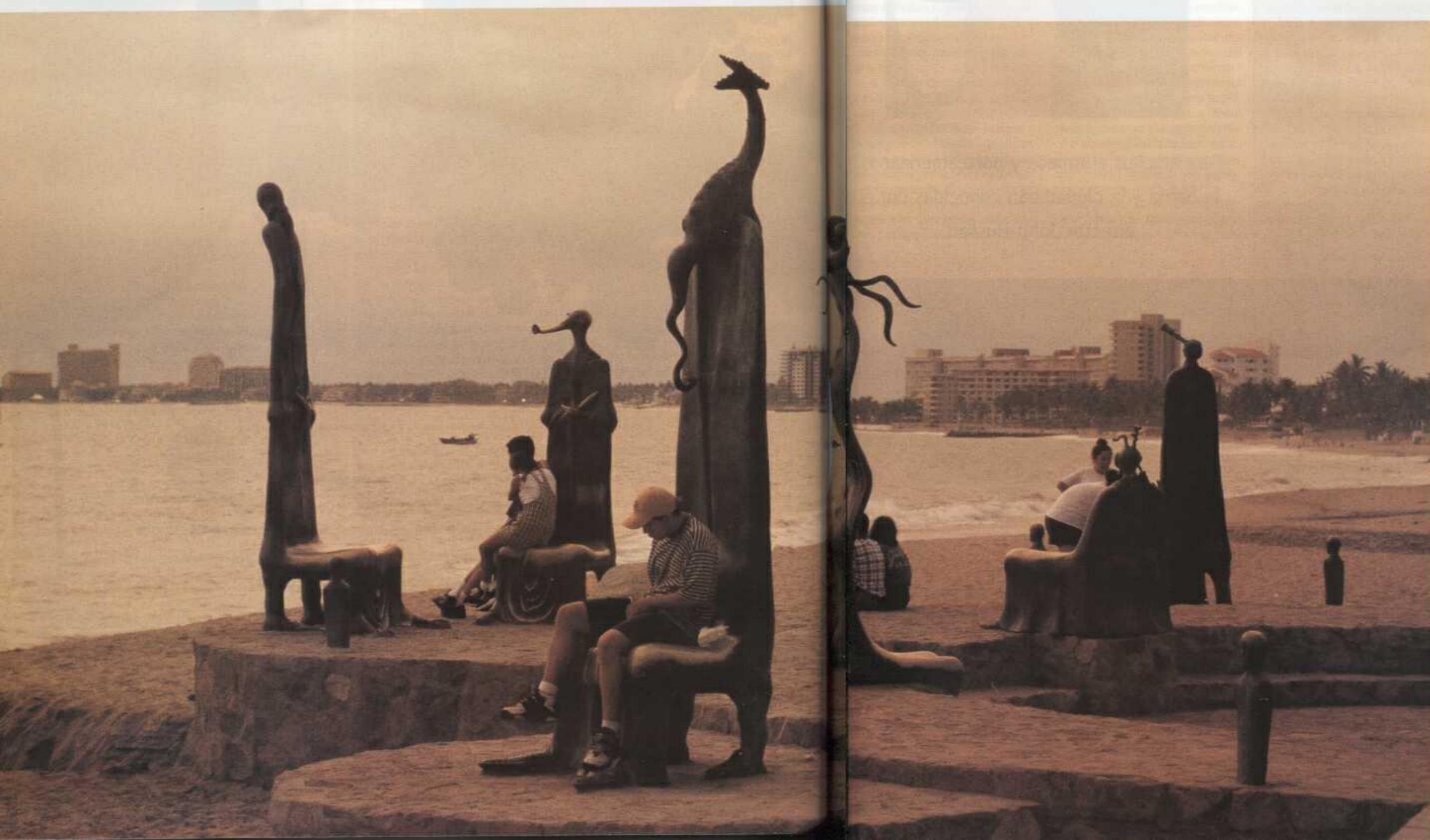
ARTISTAS Y ESCULTORES DEL ACETO

PUERTO VALLARTA

En busca del fuego



TEXTO Y FOTOS: Rafael Chirbes



La inmensa Bahía de Banderas, en cuyo centro se extiende Puerto Vallarta, a veces parece un lago, ya que, desde muchos ángulos, la sucesión de picos de la Sierra Madre cierra la línea del horizonte por detrás del mar. Para muchos europeos y norteamericanos, la bahía y la ciudad son conocidas, sobre todo, porque John Huston eligió ese paisaje para pasar los últimos años de su vida, acompañado por unos pocos amigos y por una variada colección de animales a los que mimaba en su finca de Las Caletas. Se sentía a gusto en esta geografía que mezcla de manera misteriosa opulencia y desolación. Al parecer, Huston se sentía feliz en ese espacio, duro y sensual, pero también un poco culpable de haber sido cómplice, a su pesar, de la transformación radical de un lugar desconocido del que se enamoró a principios de los sesenta, cuando llegó para filmar *La noche de la iguana* animado por un amigo mexicano que le habló de la belleza de la comarca. Por entonces, Puerto Vallarta tenía poco más de dos mil habitantes, la mayoría de ellos pescadores o campesinos que se dedicaban al cultivo de fruta. Aún no había sonado ese nombre en las revistas del corazón, en las televisiones de todo el mundo.

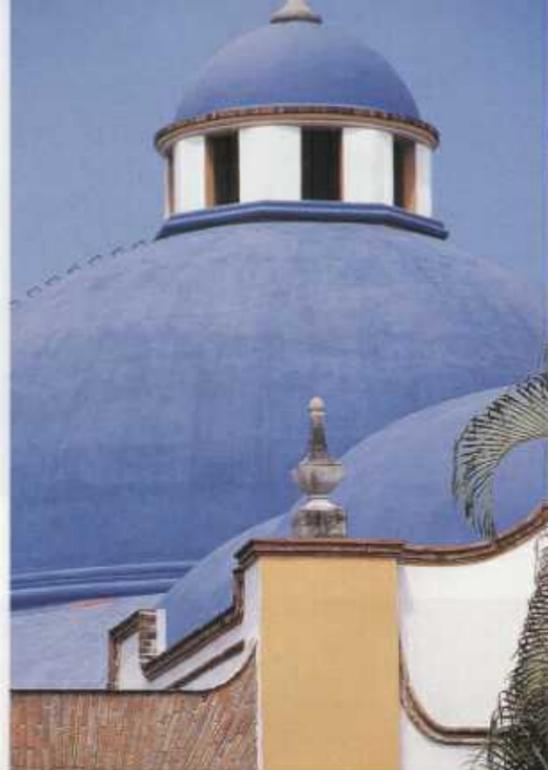
Cuando John Huston escribía sus memorias, una veintena de años después del rodaje de la película, Puerto Vallarta rondaba las cien mil almas, y los tours operadores y agencias de viajes de todo el mundo la incluían en sus paquetes turísticos, las inmobiliarias construían villas y apartamentos en las lade-

ras de las montañas y las grandes cadenas hoteleras ocupaban los terrenos junto a las largas playas del norte y también en las calas del sur, hacia Conchas Chinas y Mismaloya, los paisajes que Huston contempló vírgenes y de los que se enamoró.

Al principio del nuevo milenio, cuando hace ya varios años que Huston no puede ver las verdes y azules aguas de la Bahía de Banderas, Puerto Vallarta sobrepasa los doscientos cincuenta mil habitantes estables. Los campesinos de un traspais de geografía deslumbrante y maltrecha economía acuden atraídos por el brillo de la ciudad turística como las mariposas acuden a las lámparas aunque se quemen (La imagen de la mariposa y la lámpara procede de otra película, no de John Huston, sino de Joseph von Steinberg. Una canción que cantaba Marlene Dietrich en *El Ángel azul*).

El perfil de los grandes hoteles elevándose junto a sus piscinas azules y asomándose al mar entre hojas de platanera y palmas de todas las variedades imaginables, los neones y el estruen-

do de la música de los locales que abren sus puertas hasta altas horas de la noche en el febril malecón, con sus estatuas de metálicos animales marinos nacidos de las pesadillas de los escultores locales que las han levantado junto al mar, la prepotencia económica de los turistas estadounidenses (cuya distancia económica fue en un tiempo tan grande que les hizo parecer generosos; hoy sigue siendo enorme, pero ya ni siquiera simulan generosidad), la silueta blanca y elegante de los gigantes trasatlánticos de todo el mundo que atracan en el puerto, o los altivos palos de los yates que amarran en Marina Vallarta, fascinan a los indios que pueblan las aldeas de Sierra Madre y que abandonan sus modestos cultivos y sus bohíos para instalarse en algunas de las interminables barriadas horizontales de esta población que se esfuerza por mantener en el centro la personalidad arquitectónica que ella misma se marcó hace unos decenios, cuando alguien decidió vender su imagen al mundo.



Para muchos europeos y norteamericanos, la bahía y la ciudad son conocidas por el director John Huston.

Casas encaladas y con cubiertas a dos aguas, cuyas fachadas se alegran con estridentes toques de color en un arco, en la jamba de una puerta, en los reclamos publicitarios. El corazón de la ciudad es destaralado y entrañable, por más que su imagen sea una imagen premeditada -ya se ha dicho-, una imagen de pueblo mexicano a la medida de las necesidades de los gringos. La pautaron dos o tres arquitectos cuando ya la vocación de Puerto Vallarta era ser centro turístico (uno de ellos llegó a inventarse hace menos de medio siglo unas esbeltas cúpulas, algunas azules, muy del gusto del hollywood de aquellos años, y que se han multiplicado en la geografía de la zona). Antes de ese momento, la historia de la ciudad -aunque breve- había cambiado varias veces de signo.

En realidad, Puerto Vallarta -la imagen de la ciudad que uno tiene, a través de las imágenes de los folletos publicitarios- es un invento reciente. El pueblo nació hace sólo siglo y medio de una migración que podríamos llamar unifamiliar. Hasta enton-

ces, no era más que una sucesión de playas abandonadas, vacías desde la época del Génesis, cuando Dios separó las aguas del mar de la tierra y pobló el mar de peces, la tierra de animales y el aire de aves. Como cuenta un libro que los vallartenses han editado para promocionarse de cara al 2000, "durante la primera parte del siglo XIX, en la desembocadura del río Cuale -entonces poblado por cocodrilos- no vivía nadie". La bahía de Banderas, con sus más de cincuenta kilómetros de trazado irregular en el que se suceden los acantilados (las últimas estribaciones de una Sierra Madre que se asoma al mar), las calas de blancas arenas y cerradas por un muro de cocoteros, y los pantanos, era un gigantesco espacio vacío, en el que ni siquiera había colonias de pescadores, a pesar de la riqueza de sus aguas, en las que abundan los huachinangos, los dorados, los tiburones y los marlines. La bahía era una gigantesca concha vacía.

Aún hoy, en su desmesura, esta bahía de Banderas sigue pareciéndole al visitante casi



Fariña

Primero 2000

Amanece sobre los viñedos de Toro.

Un año más Fariña recoge las primeras uvas para elaborar el Primero.

La naturaleza tiene sus propias leyes, Fariña su propio estilo.



Fariña
Toro

49800 TORO (Zamora) ESPAÑA
Tlf.: 980 57 76 73 - Fax: 980 57 77 20
e-mail: comercial@bodega-farina.com
www.bodegafarina.com

virgen en muchos tramos. Tiene una desmesura que sorprende a la gente que -como el viajero- procede de las riberas de un mar tamaño bolsillo, el Mediterráneo. Se abre hasta perderse de vista, y luego se cierra, abrazando el horizonte y produciendo el efecto óptico con el que se abría esta crónica: la enorme masa de agua que se extiende a la vista parece más bien un gran lago.

La actividad humana hasta bien avanzado el siglo XIX se desarrollaba lejos de esa costa, a trechos elevada, en otros tramos baja, insalubre y pantanosa. La vida estaba tierra adentro, en las alturas de la sierra, en espacios que el hombre le había abierto a la selva, en Cuale, en San Sebastián, o en Mascota, donde abundaban las minas de plata, un metal que precisa para su obtención de notables cantidades de sal. La sal se almacenaba en la costa, en la que hoy se llama la Playa de los Muertos, y llegaba desde San Blas o desde las Islas Mariás. A ese lugar acudían los arrieros que bajaban desde las montañas con sus recuas para

transportar la sal hasta la boca de las minas. Un joven lanchero, que se veía obligado a esperar durante largas jornadas las caravanas de mulos de los mineros, decidió instalarse en la costa, abriendo un servicio permanente de venta de sal. Construyó una modesta casa a orillas del mar y llamó a la playa que había elegido como domicilio con el nombre de Las Peñas. Corría el año 1851, y acababa de nacer lo que sería el embrión de Puerto Vallarta.

La aparición de minas de plata en Estados Unidos provocó la crisis en las instalaciones de la Sierra Madre, pero Puerto Vallarta ya no decayó, porque a los vendedores de sal se les habían unido colonias de agricultores que habían descubierto que el valle de Ameca, con su clima cálido y unas intensas lluvias estacionales que proveían de abundante agua a quien quisiera abastecerse de ella, era de una sorprendente fertilidad y permitía obtener hasta tres cosechas de maíz al año. Pronto empezó a exportarse el maíz del valle de Ameca a través de los



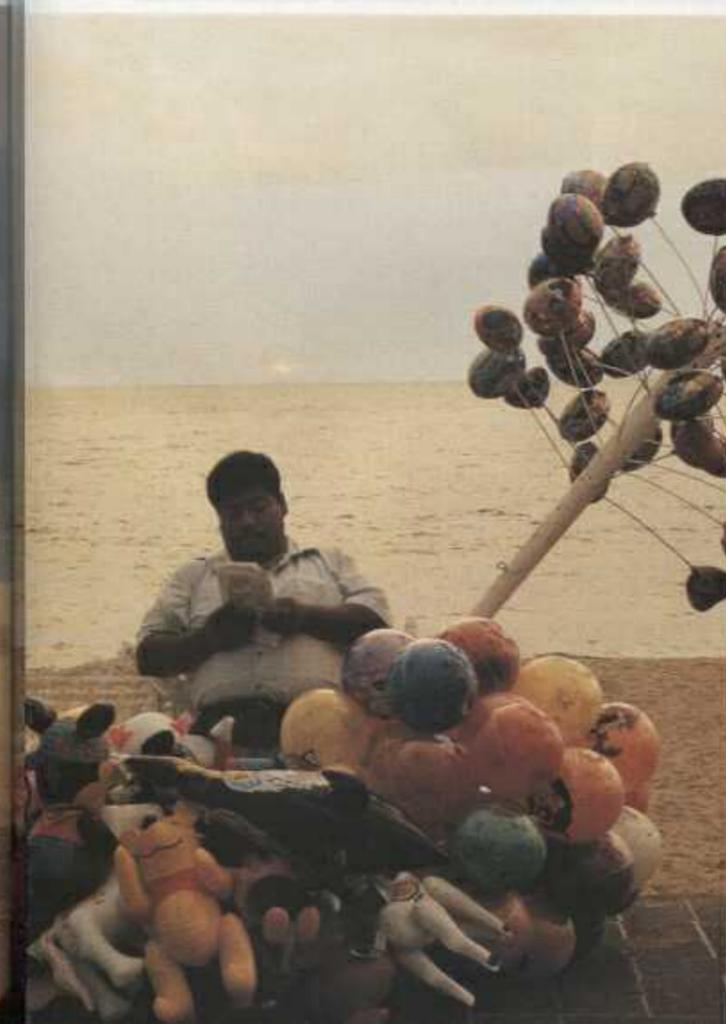
El corazón de la ciudad es destartado y entrañable, por más que su imagen sea una imagen premeditada, una imagen de pueblecito mexicano a la medida de las necesidades de los gringos.

cercanos puertos de Mazatlán y Manzanillo, activos centros del comercio con Estados Unidos, y también con el otro lado del Pacífico: con Shanghai, Cantón o Manila. De hecho, a través del puerto de Manzanillo, se introdujeron por aquellos años en México modas y productos orientales que la burguesía de la capital consumía con avidez, como símbolos de un lujo que estaba al alcance de pocos: porcelanas, sedas, mantones de Manila.

En 1918, el caserío de Las Peñas adquirió la categoría de municipio con el nombre de Puerto Vallarta, e inició una etapa de esplendor agrario, bajo el impulso de la Montgomery Fruit Company, exportadores de plátanos a los Estados Unidos (de nuevo, Cien años de soledad en la América del Centro y el Sur, un capítulo más de la interminable y cruel novela del imperialismo). La actividad de esa compañía concluyó con la política de expropiaciones llevadas a cabo en aplicación de la ley agraria de 1935, que acabó nacionalizando las veintiséis mil hec-

táreas que poseía un gringo llamado Joseph Montgomery en la bahía de Banderas. De nuevo, Puerto Vallarta entró en crisis.

Como si la historia se empeñara en hacerle descubrir paso a paso sus posibilidades a este singular territorio, la siguiente etapa de la población estuvo marcada por la pesca. Es decir, Puerto Vallarta se descubrió a sí misma como puerto pesquero y, con ese descubrimiento, aprendió la inmensa riqueza ictícola de la Bahía de Banderas. Los clientes de los más lujosos restaurantes chinos de Nueva York pedían las succulentas y carísimas aletas de tiburón en sus menús, con mayor impaciencia a medida que el crescendo de la Segunda Guerra Mundial cortaba progresivamente cualquier tipo de comunicaciones a través del Océano Pacífico aislando los Estados Unidos de las costas asiáticas, que era de donde habían llegado hasta entonces los productos de los que se abastecían los restaurantes chinos. Los submarinos japoneses trajeron, sin saberlo, un nuevo momento de prosperidad a esta zona del Pacífico, situada a



CIGALES

INDICACIÓN DE ORIGEN D.O. CIGALES

POCOS VINOS CON TANTA HISTORIA.

NINGUNO CON SU ESPÍRITU

Junta de Castilla y León

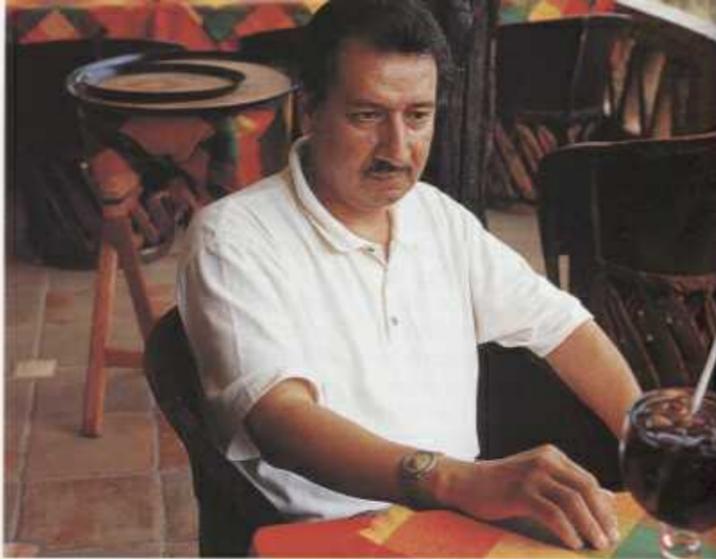
Caja España

caballo entre los estados de Jalisco y Nayarit, ya que los marineros de Puerto Vallarta se dedicaron a pescar los abundantes escualos de la bahía y a enviárselos a los chinos neoyorkinos, para que les arrancaran las aletas y prepararan sus apreciadas sopas. Además, la guerra le había dado una nueva utilidad a los tiburones, que se convirtieron en involuntarios aliados del ejército americano, ya que los altos mandos descubrieron las ventajas nutritivas del aceite de hígado de esos peces y lo impusieron en la dieta de los soldados destacados en misiones de guerra. La cooperativa de pescadores de Puerto Vallarta, La Rosita, vivió un pasajero momento de esplendor que el final de la contienda se llevaría consigo.

Para entonces, la ciudad buscaba una nueva fuente de ingresos. De hecho, en 1942, Vallarta había hecho sus primeros pinitos promocionales como destino turístico, anunciándose como un "lugar primitivo en el que cazar y pescar". En 1950, celebró pomposamente el centenario de su fundación, ya que,

por esas cosas de la política y de sus influencias, asistió a los fastos nada menos que Miguel Alemán, que era el presidente de la república mexicana por entonces. Por primera vez, los mexicanos pudieron ver en los noticieros cinematográficos la geografía de Puerto Vallarta, ese mar detrás del cual se levanta una muralla vegetal que trepa por las últimas estribaciones de la Sierra Madre. Y las imágenes deslumbraron a algunos artistas amantes de lo auténtico y exótico y que empezaron a instalarse en la zona, entre ellos, Fernando Freddy Romero, que sería quien dibujaría los elementos clave del estilo "español" de paredes encaladas y tejados a dos aguas de las nuevas construcciones costeras, incluida la casa que se construyó el propio Huston en Las Caletas. Fue en aquellos años cuando el director norteamericano encontró entre los cocoteros de Mismaloya el decorado perfecto para la filmación de su película *La noche de la iguana*.

El mismo día en que llegó el equipo de rodaje a la zona, se ini-



Puerto Vallarta sigue creciendo hacia arriba y hacia los lados de un bello y cambiante océano Pacífico, a ratos fangoso, a ratos deslumbrante de verde y azul.



Interior de La bodeguita del medio, con inconfundibles referencias cubanas.

ció en Huston el sentimiento de culpabilidad por el incierto destino de ese rincón apacible, casi salvaje, ya que, con el equipo, llegó a Mismaloya, al sur de la Bahía de Banderas, un enjambre de reporteros de todo el mundo. La película contaba con un cúmulo de alicientes para despertar la voracidad de la prensa del corazón. En ella aparecía Richard Burton que vivía entonces su momento más apasionado con Liz Taylor (la actriz

llegó a Mismaloya rodeada de fotógrafos y se pasó todo el tiempo ofreciendo a la prensa de todo el mundo escenas de amor, celo y celos). Estaba también la jovencísima Sue Lyon que, poco tiempo antes, había escandalizado a la bienpensante sociedad americana con su interpretación de seductora niña-mujer en *Lolita*, y cuyo pegajoso morbo colmaba el subconsciente de una generación de americanos. Y la protagonista, Ava Gardner (escándalo

perpetuo, con sus aventuras de una noche). Cada tarde, tras el rodaje, volvía Ava desde Mismaloya a su residencia haciendo esquí acuático, y rodeada por su corte de muchachos, con los que reproducía en la vida real la excitante promiscuidad que representaba en la película. Completaba el reparto una elegante actriz y profesional impertérrita -aunque seguramente aterrizada-, Deborah Kerr. Y, por si faltaba algún elemento en este desmesurado cóctel de fama y sexo (bien regados con alcohol), un excitado Tennessee Williams (autor de la obra teatral en la que se basaba la película y del guión) que llegó acompañado por su neurótica perrita, también ella cargada del afán de protagonismo que le contagiaba el propietario. Toda esa troupe, que retrató en magnífico blanco y negro Gabriel Figueroa, autor de la fotografía de muchas de las películas de Buñuel, llegaba a los noticieros cinematográficos y a las páginas de las revistas y periódicos envuelta, además, por el exotismo del paisaje, excitante-

mente bañada por el calor tropical y perfumada con el sulfúreo mito del sur, un término mitológico de la geografía física que equivale, en geografía anatómica, a lo que todo el mundo sabe. La fascinación de los gringos y europeos por Puerto Vallarta había sido servida en bandeja de plata. El mito había sustituido para siempre al paisaje.

Huston cuenta en sus memorias anécdotas del rodaje y de lo que Puerto Vallarta era a fines de los cincuenta:

"Durante la mayor parte de los últimos cinco años, he estado viviendo en Puerto Vallarta, Jalisco (México). Cuando llegué aquí por primera vez, hace casi treinta años, Vallarta era un pueblo de pescadores de unas dos mil almas. Sólo había una carretera que lo comunicaba con el resto del mundo, y ésta era intransitable durante la estación de las lluvias. Llegué en una pequeña avioneta, y tuvimos que espantar al ganado de un campo en las afueras del pueblo para poder aterrizar. Había un taxi y un hotel, el Paraíso, que hospedaba a los

Siguen existiendo puestos de comida y bebida popular, donde acuden las familias a pasar las tardes de fiesta. Arriba, el propietario del restaurante El Mirador.



De Real Cuna

**Real Sitio
de
Ventosilla**

Solo algunos vinos tienen el privilegio de ser de Real Cuna.
Solo algunos vinos tienen calidad para hacer honor a su origen.

PradoRey

Carretera Aranda-Palencia, Km. 10, 09140 Gumiel de Mezquedo, Burgos. Tel: 947 54 69 00. Fax: 947 54 69 99. bodega@pradorey.com

marineros, arrieros y vendedores ambulantes (...)

"En los años siguientes volví a Puerto Vallarta varias veces. Una de estas veces fue en 1963, para rodar *La noche de la iguana*. Fue a causa de esta película por lo que el mundo oyó hablar de este lugar por primera vez. Visitantes y turistas vinieron a montones. Antes de *La noche de la iguana*, la población era de unas 2.500 personas. Después de la película, creció prodigiosamente y en la actualidad ronda las 80.000. Hoy día brotan boteles y edificios de apartamentos, desnudos como setas, surgiendo de la exuberante selva verde.

"Ahora estoy viviendo en *Las Caletas* (...). Para llegar a donde yo vivo tienes que recorrer en coche unos veinticinco kilómetros hacia el sur de Puerto Vallarta, hasta una pequeña aldea de pescadores llamada Boca de Tomatlán, donde la carretera se aparta de la costa y se adentra en las montañas".

No todo ha desaparecido en la comarca. Aún guarda un fuerte encanto popular Boca de

Tomatlán, sobre todo si uno acude los días festivos, cuando los vallartenses acuden con sus familias a merendar y en los merenderos de la playa, en la desembocadura del río, se levantan las humaredas de los asadores en los que los pescadores de la aldea preparan pescados sarandeados, que empalan y colocan de ese modo a cierta distancia de las llamas de las maderas aromáticas. Hay furgonetas de todas clases y pintadas de todos los colores y los niños se arrojan desde las piedras a las tranquilas aguas del río que en la estación de lluvias se convierte en un vertiginoso torrente y que, algunos kilómetros más arriba, ha dibujado soberbios paisajes de piedra. También, en pleno malecón, a tiro de piedra de los neones de los locales de los disco-cafés, en la pequeña lonja de pescadores, se vive ese ambiente popular que recuerda al que Huston encontró en su primer viaje en las cercanías de los locales de la cooperativa, en el mercadillo de pescado donde se expone la modesta y, a la vez, deslumbrante cosecha de la bahía de



La parte más exótica se encuentra al sur, en Conchas Chinas y Mismaloya, con sus acantilados y calas de verdes aguas entre cocoteros, ahí se rodó *La noche de la iguana*.

Banderas. Pasaron los tiempos en los que el aceite de los hígados de los tiburones proporcionaba vigor a los soldados del ejército americano. Ahora, su sabrosa carne se sirve en las cartas de los restaurantes de los grandes hoteles, ocupados por una legión de lunamieleros (asi es como llaman a los recién casados en los catálogos de las ofertas turísticas) y a los jubilados de medio mundo que buscan en el aire restos de la pasión que un día el cine convocó en ellos. El calor húmedo de Puerto Vallarta, el paisaje tropical, las pieles oscuras de sus habitantes, el ardor de los chiles y el perfume de los limones verdes y del cilantro se esfuerzan por mantener ese mito del sur anatómico, cuya credibilidad parece cada vez más amenazada por lo inexorable de los hechos y la limitación de los cuerpos. Y, en ese esfuerzo, y en esa periódica constatación de lo ineluctable, Puerto Vallarta sigue creciendo hacia arriba y hacia los lados de un bello y cambiante océano, a ratos fangoso, a ratos deslumbrante de verde y azul, en el que, con la misma precisión que las pasiones en el atardecer de la vida, cae cada tarde el sol sobre el Pacífico; eso sí, envolviéndose con un deslumbrante esplendor de rojos y amarillos, que son a la geografía del alma lo que el sur a la del cuerpo. ■

Agenda

CÓMO IR

Puerto Vallarta se encuentra en la zona costera de Jalisco, aunque la enorme Bahía de Banderas se adentra también en el estado de Nayarit. Cuenta con vuelos directos y frecuentes desde México D.F. y Guadalajara, la capital jalisciense. Puerto Vallarta está unida por avión con numerosos destinos USA y son frecuentes los charter desde USA y Europa. Hay comunicación marítima con algunos puertos californianos, aunque la mayoría de los buques que atracan en Puerto Vallarta lo hacen en la modalidad de cruceros. Son buenas las comunicaciones por carretera con Guadalajara y, desde allí, siempre por autopista, con México D.F.

DÓNDE DORMIR

La oferta hotelera de Puerto Vallarta es -como puede suponerse- casi inabarcable. Abundan los grandes establecimientos de cadenas hoteleras con cientos de habitaciones, enormes piscinas y jardines bien cuidados, semejantes a los que pueden encontrarse en otras partes de México y del mundo. Otros son más recogidos y ofrecen "toques exóticos". Entre los primeros, *Fiesta Americana*, *Holiday Inn*, *Qualton*, *Sheraton Buganvilias*, *Camino Real*, *Paradise Village*, *Melia Puerto Vallarta*, *Camino Real*, *Presidente Intercontinental*, y el lujoso *Casa Magna Marriot* son quizá los más destacables. El *Hotel Rosita*, que hoy cuenta con un centerar de habitaciones fue el primero que se abrió en la zona, sólo por ese motivo se menciona aquí. Entre los de dimensiones más reducidas, *Los Arcos Vallarta Hotel & Suites*, *Emperador* y el *Hotelito Desconocido*, con unas habitaciones-palafito cubiertas con tejados de bambú, buscan estancias más entrañables.

DÓNDE COMER

Los hoteles ofrecen cocina internacional, pero reservan un espacio para los excitantes platos locales. Marriot (en el que se encuentran los restaurantes *Champions*, de cocina internacional, *Mikado*, un buen japonés y *La Estancia*, con platos mexicanos), *Sheraton*, o *Camino Real* son algunos de los hoteles cuyos restaurantes son especialmente apreciados por los gourmets de la ciudad. Entre los locales de lujo, el más prestigioso es el *Café des Artistes*, con un toque afrancesado, y también *Maximilian*,

más germánico. Entre los restaurantes de alta cocina, los entendidos aprecian especialmente *Chef Roger*, en el centro del viejo Vallarta y con un espléndido decorado. Abundan los italianos, entre los restaurantes de hotel (*Andrea*, en *Velas Vallarta*; *Avanzarè*, en el *Holiday Inn*) y un poco por todas partes; los argentinos, como *El rincón de Buenos Aires*, y, entre los representantes de los diferentes estados mexicanos, los poblanos. En algunos lugares, como la Boca de Tomatlán se preparan en la playa y sirven buenos pescados sarandeados, es decir, asados con leñas aromáticas. Aguas arriba del río, *Chico's*, en un decorado de escarpadas rocas, presume de ofrecer una buena oferta de frutos del mar. Son incontables los restaurantes populares en los que sirven pescados y moluscos en deliciosas y picantes tostadas, sopas y ceviches: *8-T* está entre los más concurridos. Los pescados fritos se toman en *El crucero de las frutas* y en *El Mirador*. Los guisos de pescado, en *La Paloma*. La cocina jalisciense, en *La Chata*. Y la poblana, en *Manuso* y en *La China Poblana*. Tres restaurantes que los vallartenses frecuentan son *Doña Raquel*, *La Parroquia* y *Celia*. La comida tex-mex se sirve en *Pipi's*.

QUÉ HACER

Pasear por el viejo pueblo, a ambos lados del río Cuale, y el barrio que llaman *Zona Romántica*, pasear por el malecón, y visitar las tiendas de artesanía que salpican la zona. Ver *Marina Vallarta*, el puerto deportivo del norte y la llamada *Zona Hotelera*, de extensas playas. La parte más exótica se encuentra al sur, en *Conchas Chinas* y *Mismaloya*, con sus acantilados y calas de verdes aguas entre cocoteros. Ahí es donde se encuentra el set en el que se rodó *La noche de la iguana*, que se ha convertido en un restaurante. Quedan aldeas de pescadores al norte y sur de la bahía de Banderas. Al norte, *San Francisco*, *Sayulita* y *Bucerías*. Al sur, *Los Animas*, *Majahuitas* y *Yelapa*. En los hoteles abundan las actividades en las que el turista puede participar. Buceo, esquí acuático, pesca del marlín, observación de animales en libertad, sobre todo ballenas jorobadas y tortugas golfinas (estas últimas ponen sus huevos en la playa). Resultan espectaculares los paseos por las imponentes montañas que cierran la bahía, sobre todo a fines del otoño y en invierno, tras la estación de las lluvias, cuando la selva se presenta en todo su esplendor.

